

Thun, y á cuantas visitas le hizo posteriormente, sin exceptuar las oficiales, jamás correspondió con la suya. Cuando Bismarck le visitaba por asuntos oficiales, el conde le obligaba á hacer antesala y una vez, al mandarle entrar, le dijo que acababa de tener la interesantísima visita del corresponsal de un periódico inglés. Para recibir á las personas que le iban á ver jamás se levantaba de su asiento ni ofrecía asiento á nadie, sino que continuaba fumando y echando bocanadas de humo. «Me entretenía en observar, escribió Bismarck en 6 de setiembre, á este raro ejemplar de diplomático con la calma del naturalista, y me lisonjeo de haber contribuido ya en algo á su pulimento social respecto de mí, sin mengua del carácter amistoso y confidencial de nuestras relaciones.» A la segunda visita que hizo al conde, que no cesó de fumar, Bismarck encendió tambien tranquilamente un cigarro, y entonces era de ver cuál de los dos echaba mas bocanadas de humo. Bismarck con toda amistad trató al austriaco como éste trataba á los demás, tanto en la parte social como en la política, á medida que descubría los trabajos de zapa que el Austria hacia en todas las cortes contra la Prusia. Bismarck no se cansó ni se dejó abatir por la fuerza de la mayoría que en la confederacion estaba al servicio del Austria, si bien sin resultado, como en la contienda sobre la publicacion de las sesiones del consejo federal, en la de la escuadra alemana, que el Austria quiso hacer suya sin haber contribuido á ella con un solo céntimo, y en el afán del Austria de destruir la union aduanera, la única obra nacional alemana de la política prusiana que ha resistido victoriosamente á la revolucion y á la reaccion. En estas contiendas fué donde Bismarck abrió los ojos y renunció á la idea política alemano-austriaca que habia llevado á Francfort (1). Hasta entonces Bismarck habia creído que se restablecería la antigua dieta germánica sobre los principios de la Santa Alianza contra la revolucion, el enemigo comun, pero con el reconocimiento de igualdad de derechos para la Prusia, como existía en la dieta antes del año 1848, que era lo menos que la Prusia podia esperar por la humillacion que voluntariamente habia admitido en Olmutz. Pero cuando esperaba encontrar buena voluntad y sentimientos federales amistosos, solo encontró mala voluntad y pretensiones ofensivas de supremacia. Aun descubrió mas, á saber: que la causa de no ver en ninguna parte tendencia á la concordia y ni intencion de marchar de acuerdo sin engaño, era que las dos potencias, el Austria y la Prusia, no podian vivir dentro de una misma confederacion en buena armonía; y una vez penetrado de esta verdad, se persuadió de que la Prusia mas tarde ó mas temprano tendria que acabar por la fuerza con la llamada confederacion y con el yugo austriaco. Sobre esto escribió en 19 de noviembre de 1851 al ministro Manteuffel: «No creo que el consejo federal pueda ser en su forma actual la última palabra de nuestra política; mas bien veo en él solo una cáscara dentro de la cual se desarrollará lo que hay de sano y práctico en la política de union y que al madurar soltará esta cáscara; pero mientras continúe insegura la situacion política enfrente de la revolucion, y la política austriaca no proceda contra nosotros agresivamente, es prudente aplazar toda discusion sobre las cuestiones existentes é inevitables entre los dos Estados, y no hacer ostentacion de planes que puedan poner en peligro la conservacion de la alianza con Austria (2).»

En una conversacion sobre la ingerencia del Austria en la

(1) En 28 de febrero de 1855 escribió (Poschinger, tomo II): «No era, cuando llegué á ésta hace cuatro años, adversario de Austria por principio, pero no debería tener ni una gota de sangre prusiana si hubiese conservado una preferencia, aunque fuera muy modesta, por el Austria como hoy es.»

(2) Poschinger, tomo IV, pág. 57.]

vida de la union aduanera, confesó el conde de Thun ingenuamente, á fines del mes de noviembre, que Austria queria entrar á la fuerza en la tal union, y tambien que se reconocieran los asuntos de comercio y de aduanas como asuntos federales. La Prusia, segun el ministro austriaco, no podia llevar á mal que él como austriaco deseara que la Prusia renunciara á la herencia de Federico el Grande, contentándose sus reyes con su destino verdadero de archi-camarlangos del imperio. A esto contestó Bismarck que en Europa no existia una Prusia que á esto se prestara y que antes de aconsejar él semejante cosa en Berlin, tendria que decidirse la cuestion con la espada. Thun comparó á la Prusia con un hombre que una vez habia tenido la suerte de sacar el premio mayor en la lotería y que arreglaba su vida contando que este suceso se repetiria cada año. A esto contestó el representante de Prusia que él preveía que su país tomara otra vez un billete en aquella lotería, pero que solo Dios sabia si ganaria el premio mayor.

Cuando Bismarck hubo pasado un año en su puesto de representante de Prusia en Francfort, resumió su experiencia en 22 de diciembre en un informe que encabezó con la consideracion siguiente: «La actitud del gabinete de Viena, desde que por arreglo momentáneo de su situacion interior se vé en estado de tomar parte en la política alemana, prueba en general que el príncipe de Schwarzenberg no se contenta ya con la situacion que la constitucion federal habia concedido al imperio austriaco hasta el año 1848, y que quiere aprovechar el trastorno que puso al Austria al borde de su ruina como base para la realizacion de planes muy vastos; como sucedió á principios de la guerra de treinta años, cuando el emperador, poco despues de haberse visto en gran peligro en su propio palacio, se hizo amo de Alemania.» Esta intencion se vé favorecida por circunstancias muy especiales, que son: el temor de las cortes alemanas de que rescucite la idea del imperio y de la union de 1849, contra la cual solo el Austria las habia protegido, y solo ella parecia poderlas proteger en adelante; el recelo de los nobles que rodeaban á los soberanos alemanes y cuyos hijos y parientes ocupaban puestos al servicio del Austria; y el miedo á la venganza del Austria, que esperaba á los que desobedecieran sus órdenes, mientras nada habia que temer de la Prusia aunque se cometieran contra ella tropelías manifiestas. Así resultó que la Prusia salia siempre perdiendo en todas las votaciones, lo mismo tratándose de cosas grandes que de pequeñeces, y que su representante fuese mirado como enemigo de todos y de cada uno. Cuando se trató de elegir á los individuos de la comision encargada de informar sobre la publicacion de los debates del consejo federal, preguntó el conde de Thun á Bismarck si deseaba ser elegido, á lo cual Bismarck contestó afirmativamente; pero entonces dió Thun disimuladamente al conde de Nostitz una papeleta con los nombres de los candidatos propuestos, entre los cuales no estaba anotado Bismarck, á pesar de ser su eleccion casi ineludible. Esto no impidió que despues el representante del Austria manifestara al de Prusia su sentimiento por no haberse podido lograr su eleccion.

En resumen, Bismarck solicitó de su gobierno la autorizacion para observar con los confederados una conducta en general mas reservada hasta que se convenciesen de que era menester por su parte solicitar y merecer con su conducta la benevolencia de la Prusia, porque al fin era la Prusia la gran potencia nacional en la confederacion, á la cual toda la Alemania estaba sólidamente encadenada por los intereses materiales y vitales comprendidos en la union aduanera.

El gran asunto del año 1852 fué la lucha que giraba alrededor de la union aduanera por culpa del tratado de comer-

cio del 7 de setiembre de 1851, con el cual el gobierno de Hanover habia sorprendido á todos, obligándose á entrar en la union aduanera de la Prusia y demás Estados de la misma union. A consecuencia de este cambio en la citada union la Prusia denunció los tratados de su union aduanera que caducaban á fines del año 1853 é invitó á todos los gobiernos aliados á una reunion que debia celebrarse en Berlin en el mes de abril de 1852 para formar una nueva union aduanera contando con el ingreso del Hanover. La denuncia de los tratados de la union levantó gran clamoreo en el campo de la alianza austriaca contra lo que se llamaba la brutal arbitrariedad de la Prusia, que se atribuía al despecho por haberse estrellado la union política con la Prusia á la cabeza. Hubo las intrigas de siempre en las cortes y en la prensa, sobre todo en la Alemania meridional, y donde quiera que el odio á la Prusia encontraba solo una sombra de pretexto para manifestarse. El príncipe de Schwarzenberg aprovechó la situacion para una empresa en la cual creía destruir de raíz la posicion de la Prusia en Alemania. Invitó á todos los gobiernos á una reunion para principios de enero de 1852 en Viena con el doble objeto de lograr un tratado de comercio que favoreciera al Austria sobre todas las naciones y de preparar el ingreso de todo el imperio austriaco en la union aduanera alemana. Como era de prever, se excusó de asistir la Prusia, y entonces entabló el ministro austriaco negociaciones secretas con los gabinetes de Munich, Dresde, Stuttgart, Karlsruhe, Cassel, Darmstadt y Wiesbaden para una union aduanera con el Austria sin la Prusia, en cuyas negociaciones le auxilió con singular actividad Dalwigk, el ministro del gran duque de Hesse-Darmstadt. Pero lo que queria el ministro austriaco era absolutamente imposible; los gobiernos alemanes que acudieron solícitos á su llamamiento se negaron á deshacer la union aduanera prusiana, y solo quisieron que entrara en ella tambien el Austria para poderse apoyar en las dos potencias y hacerse solicitar por cada una de ellas. En esto como en lo demás el gobierno de Viena erró completamente y el príncipe de Schwarzenberg demostró su ignorancia de las necesidades mas vitales de la nacion alemana. Para salvar la union aduanera de la crisis que habia resultado del anuncio del ingreso en ella del Hanover, solo era menester que la Prusia continuara firme en el terreno del derecho y en la confianza de su victoria. Bismarck no cesó de recomendar la abstencion de toda negociacion hasta que fuese renovada la union aduanera, aun con peligro de quedar la Prusia completamente sola. Cuando desde el 8 de junio hasta el 7 de julio de 1852 sustituyó en mision extraordinaria en Viena al conde de Arnim, impresionó mucho al emperador y al ministro Buol con su inquebrantable firmeza y con la declaracion de que la Prusia no se dejaria extraviar ni por el temor de haber recaer en el aislamiento mercantil en que habia estado antes de 1819. Se le leyó una carta del embajador ruso en Hanover, segun el cual el rey de Hanover habia dicho que si los Estados de la Alemania del Sur no continuaran en la union aduanera no se consideraba el Hanover obligado por el tratado de setiembre y la Prusia no podia contar con este país. Poco mas ó menos habia dicho tambien su ministro Schele, á lo cual Bismarck contestó que esto seria faltar al convenio sin poder justificar esta falta con ninguna condicion estipulada, lo cual no debia esperarse del modo de pensar del rey ni de la honradez de su ministro; pero que si á pesar de todo se realizaran los anuncios de la carta seria preferible el aislamiento de Prusia á que se estableciera el precedente de haberse dejado obligar por un Estado de segundo orden á una política contraria á su voluntad. El resultado de todo fué que el Austria renunció á sus planes, que solo habia creído posibles contan-

do con que la Prusia se dejaria intimidar como siempre, y tuvo que contentarse con un tratado convenido en febrero de 1853 en el cual se le prometió entablar en 1859 negociaciones sobre una union aduanera con este imperio.

Ni esta derrota, ni la muerte del príncipe de Schwarzenberg, ocurrida en 5 de abril de 1852, produjeron ningun cambio en la política alemana del Austria, y en 16 de marzo de 1853 escribió Bismarck á su gobierno: «Si el Austria no renuncia á la política de Schwarzenberg, y persiste en su empeño de imponernos aquí su voluntad y de obligarnos por medio de una resolucion ó por la influencia de la mayoría á hacer algo que sin esta fuerza no haríamos, no nos queda mas alternativa que someternos arriando banderas y dando con nuestra sumision nuevo realce á la supremacia del Austria en el concepto de los demás gobiernos confederados, ó hacer constar nuestra discrepancia ante el consejo federal, lo que será causa de que mas ó menos pronto quede hecho pedazos el carro de la confederacion, del cual la Prusia tira hácia adelante y el Austria hácia atrás. Entretanto que esto suceda, los dos grandes Estados tratarán de obtener los votos de los pequeños, lo cual aumentará la importancia y la influencia de estos mas allá de lo que conviene.»

Tampoco modificó en nada la política federal el cambio que ocurrió en la presidencia de la dieta. El nuevo representante del Austria, y presidente de consiguiente del consejo federal, el baron de Prokesch-Osten, no era mas elegante en sus modales, pero era mas falso que su predecesor. Bismarck le obligó pronto á guardarle las consideraciones de urbanidad, de tal modo que pudo escribir en 24 de marzo que la amabilidad que reinaba entre ambos, á la larga no podria sostenerse. «No se ha valido mas del sistema de hacer el irritado desde que le respondí en el mismo tono. Ahora es tan manso, que juega con mis hijos, y me espanta su mansedumbre.»

Hubo un cambio radical y completo en los asuntos de la confederacion alemana cuando estalló la complicacion ruso-turca, no porque el Austria cambiara su política sino porque los Estados de segundo y de tercer orden, teniendo verse envueltos en guerra y aventuras yendo á remolque del Austria, buscaron un apoyo y solo pudieron encontrarlo en la Prusia, cuyo representante empezó en esta ocasion á desplegar sus dotes de gran político. En Francfort desde principios del año 1854 los Estados grandes, medianos y pequeños solicitaron los buenos oficios de la Prusia con un afán que contrastaba con la actitud que habian observado hasta entonces. Mientras Bismarck dejaba que las cosas siguieran tranquilamente su curso natural, recibió de sus amigos de Berlin cartas que le causaron viva inquietud. Entonces suplicó al gobierno prusiano, en carta confidencial del 15 de febrero de 1854, dirigida al ministro Manteuffel, que no se atemorizase con la perspectiva del aislamiento en que se encontraria la Prusia despues de su separacion de la Rusia, creyendo que esta potencia se uniría mas estrechamente que nunca al Austria y evitaria toda cuestion y disputa con ella. «Me inquietaria, decia Bismarck en su carta, si buscáramos abrigo contra la tempestad que podria venir, amarrando nuestra hermosa y sólida fragata al antiguo y carcomido navío del Austria. Somos de los dos el que nada mejor y para cualquiera país un aliado apreciable. Las grandes crisis son la tempestad que favorece el crecimiento de la Prusia, siempre que las hayamos aprovechado sin temor y acaso brutalmente; si queremos crecer todavia mas, no debemos tener miedo de hallarnos solos con un ejército de 400,000 hombres, y mucho menos cuando los otros están peleando entre sí y cuando al decidirmos á favor del uno ó del otro podre-

mos hacer siempre un negocio mucho mejor que aliándonos antes de tiempo y sin condiciones á un compañero tan poco apto para la lucha como el Austria.» De esta y de todas las demás comunicaciones de Bismarck se infiere que él jamás habria hecho un convenio como el del 20 de abril de 1854 y que debió de causarle un inmenso disgusto cuando se le comunicó, aunque nada diga de esto en sus cartas. Dos artículos adicionales llevaban á la Prusia al borde de la guerra con Rusia, porque en ellos se estipuló que las dos potencias contratantes, la Prusia y el Austria, exigirían del emperador de Rusia la evacuación de los principados danubianos; y si la contestación no fuese satisfactoria tomaría entonces el Austria las disposiciones militares convenientes, prestándole la Prusia su auxilio contra todo ataque á sus fronteras. Solo cuando la Rusia se incorporara los principados ó pasara los Balcanes, las dos potencias, el Austria y la Prusia, tomarían la ofensiva.

Bismarck jamás habria firmado semejante tratado, pero una vez hecho se apoderó de los asideros que ofrecía no solamente para que resultara inofensivo sino hasta para sacar de él ventajas á favor de la Prusia y la Alemania. Inmediatamente escribió el 25 de abril á Berlín que las palabras del artículo 2.º, «de acuerdo con los otros,» daban á la Prusia el pretexto de quitar al Austria el medio de empujar á la Prusia á una resolución ó acción precipitada. Debía, pues, utilizarse este pretexto para lograr dos objetos: primero, evitar por todos los medios posibles tomar las armas contra la Rusia, «porque, decía Bismarck, con el primer cañonazo que disparásemos quedaríamos dependientes de las vicisitudes de una inteligencia entre París y San Petersburgo; y segundo, conservar el conjunto de los territorios austro-pruso-alemanes en condiciones de asegurarnos por lo menos un *veto* eficaz en la política comun. Para esto la alianza del 20 ofrece en sus seis artículos un asidero excelente, si desde ahora la interpretamos resueltamente en nuestro sentido. La mayoría de los gobiernos alemanes nos prestará para ello su decidido apoyo, aunque no con la intención de poner la decisión en manos de la Prusia, y en todo caso servirá para enfrenar eficazmente el humor guerrero prematuro del Austria.»

Antes de ocuparse en el asunto del ingreso de la confederación en el tratado de alianza en el sentido expresado, fué llamado Bismarck por el rey á Berlín, donde habia pasado ya casi todo el mes de marzo. Su última comunicación desde Francfort es del 29 de abril y la siguiente lleva la fecha de 18 de mayo. Lo que ocurrió en tiempo de su residencia en Berlín lo recordó Bismarck con ocasión de la nueva crisis de Oriente en un discurso que pronunció en el parlamento en 19 de febrero de 1878, en el cual decía: «La situación en que nos hallamos en este momento es casi igual á la que nos rodeaba hace algo más de veinte años. Entonces no era yo ministro, pero por la confianza que me dispensaba el difunto rey Federico Guillermo IV pude tomar parte en las cuestiones más importantes y más decisivas, y sé perfectamente cómo entonces pasaron las cosas; sé las artes de persuasión y de amenaza que se emplearon con la Prusia para lanzarnos como se echa á un perro á una guerra extranjera, y solo á la resistencia personal del difunto rey se debe agradecer que entonces no se cometiera la falta de intervenir en una guerra que habria pesado únicamente sobre nosotros desde el primer tiro que hubiésemos disparado, sirviendo de gran alivio á cuantos estaban entonces á nuestro lado y detrás de nosotros hasta que ellos mismos nos hubiesen dicho: Basta ya. El difunto rey me llamó entonces en momentos difíciles para escribir los despachos en su sentido; y atendido el modo de proceder en nuestros asuntos extranjeros, no

debe sorprender que entonces hubiera media docena de embajadores, alojados en fondas aquí, que hacían política contra su ministro. ¿No es de agradecer que entonces resistiéramos á la tentación de prohibir ó de dificultar á la Rusia la guerra? Entonces también se nos pidió nuestro auxilio invocando «el interés germánico» que implicaba la guerra de Crimea, y lo raro era que la confederación alemana no creyó que se tratara de un interés germánico. Esta fué la única vez que me he encontrado en el consejo federal de Francfort á la cabeza de la mayoría, hallándose el Austria en minoría.»

Sin tener conocimiento de los documentos secretos de los archivos, nos parece que las dos épocas, en marzo y mayo de 1854, que Bismarck pasó en Berlín fueron las decisivas para la política pacífica de la Prusia. En su residencia de marzo contribuyó Bismarck á evitar la alianza de la Prusia con Francia é Inglaterra, cuya alianza apoyaba, después de haberse tenazmente resistido á semejante idea, el embajador prusiano en Londres, Bunsen, lo cual por lo demás fué causa de que fuese relevado de este delicado puesto. Valdría la pena de tratar en una obra especial de lo que se hizo entonces, y de los esfuerzos que emplearon la reina Victoria, el príncipe Alberto su esposo, los lores Clarendon, Bloomfield y Loftus, y el periódico *The Times*, para arrastrar á la Prusia á la guerra, como un mercenario que no debía desempeñar más oficio ni tener más objeto que pelear por cuenta de Inglaterra. Valdría la pena de referir á la generación prusiana de hoy cómo se trató entonces á la corte de Berlín de cobarde, de solapada y traidora, porque no quiso hacer política franco-inglesa, rusa ni austriaca, sino simplemente prusiana; porque no quiso sacrificar á su pueblo por intereses que no eran suyos, y para sostener los cuales el ejército inglés era demasiado costoso ó insignificante. Contando con las ideas del rey, se le dijo que la Prusia debería impedir, pues que podía hacerlo, semejante guerra; el gobierno de Inglaterra trató de espantar á aquel rey con la perspectiva de que quedaria aislado y abandonado por todas las potencias; y este temor, que hoy ni siquiera comprendemos, es el que habia inducido al rey á firmar el tratado del 20 de abril, que fué la mayor simpleza que cometió en su vida.

De una carta que Bismarck escribió en 27 de abril (1) podemos inferir las razones que haría valer cerca del rey contra este convenio. En ella acusaba á los gobiernos de Francia é Inglaterra: 1.º, de haberse puesto de acuerdo para retirar la nota aceptada ya por la Rusia; 2.º, de haber enviado la escuadra al mar Negro; 3.º, de haber declarado la guerra, y 4.º, de haber variado de objeto en ella. Decía además que la Prusia habia concedido más por el convenio del 20 de abril que por la alianza (secreta) del 16 de mayo de 1851; que este paso habia sido una decepción para los Estados alemanes y un gran descrédito para la Prusia, porque enseñaba á aquellos que el Austria era el amo de la Prusia; que las embocaduras del Danubio tenían escásísimo interés para los alemanes, mientras el Adriático y el dominio inglés sobre las islas Jónicas y los mares interesaban á la Alemania mil veces más; que el artículo 47 del acta final no podía aplicarse al caso, porque Francia é Inglaterra no podían hacer sublevar á la Polonia: los labradores polacos de Prusia y Austria no se levantarían y la Rusia podría fácilmente armar á sus campesinos polacos contra la nobleza de su país. ¿Quién obliga á la Prusia á ser gratuitamente el agente de policía del Austria? ¿Qué ha hecho el Austria para merecer tanto?

En una de las ocasiones mencionadas habló Bismarck en Berlín con el embajador francés en la capital de Prusia, el

(1) Poschinger, tomo II, págs. 9 y 10.



Oton de Manteuffel